

Los pescadores de la Isleta del Moro.

La Isleta del Moro es un pueblo diminuto situado en el parque natural del cabo de Gata, frente a una pequeña isla y en un enclave que frecuentaron los musulmanes del norte de África.

Sus escasos habitantes están acostumbrados a faenar incluso en la oscuridad, aunque cada vez son menos los que se dedican a la pesca.

En el mar se juega el antiguo juego de la supervivencia. Es un juego que siempre tiene perdedores. Aunque sea diminuta, una captura siempre es bienvenida.

Con las primeras luces empieza una partida que se juega en equipo. Después habrá que repartir la pesca, pero a la hora de echar las redes vale más andar en compañía.

La moruna es un arte de pesca tan sofisticado como antiguo. Similar a la almadraba, para calar sus redes se necesitan varias personas, y mejor aun si el trabajo se hace desde dos barcas, ya que la disposición de los paños es compleja y su eficacia depende de la precisión.

Cumplido el primer esfuerzo, hay que mirar que la moruna esté bien calada, y esperar. La pesca no es oficio para impacientes.

La presencia de *Posidonia* ofrece ciertas garantías, puesto que en torno a ella se crean redes tróficas ricas y complejas, siempre rematadas por especies deseadas por los humanos.

Los peces se acercan y siguen un paño de red. Es fácil entrar en la moruna.

Todo un banco de seriolas, o uno de corvas, e incluso peces grandes, como un mero o una pastinaca, se adentran en un laberinto formado por un complejo sistema de cámaras y acabado en espiral, del que les resultará muy difícil, casi imposible, salir.

Los calamares tardan en darse cuenta de que han caído en la trampa. Lo mismo le pasa a esta sepia. Y hasta el pulpo se queda sin más recursos que la fuerza para intentar salir.

Hoy, por suerte, la moruna ha sido muy visitada.

Hay que virar las redes. Los pescadores saben que tiene que interpretarse con precisión una coreografía antigua y perfecta.

Los peces intentan escapar una vez más, pero, en esta ocasión, la partida la han ganado los pescadores de la Isleta del Moro.

Con los tesoros arrancados al mar, es hora de volver a casa. Hoy no se ha dado mal la faena. En la Isleta, las mujeres, que suelen esperar en la playa, miran ansiosas hacia las barcas.

El torno ayuda en el penúltimo esfuerzo del día.

El último es llegar hasta casa con el pescado, por esa playa por la que los pescadores transitan desde que recuerda la memoria. Todo en la Isleta del Moro es artesanal.